

Acolhuatzin, único príncipe acolhua que aun vivia. Al verles reunidos, Xolotl les estrechó con efusion de cariño paternal la mano.

Las primeras palabras que pronunciaron sus labios fueron de amor y de ternura: luego pasando al serio asunto del gobierno, les recomendó que guardasen entre sí la mas perfecta armonía; que nunca rompiesen el lazo de paz que les unia; que procurasen el adelanto de la patria; que protegiesen á la nobleza, y que tratasen con benignidad paternal á los pueblos.

Muere el rey Xolotl; Poco despues, el anciano monarca Xolotl, rodeado de sus hijos y de la nobleza, dejó de existir á los cuarenta años de un reinado próspero y feliz.

Xolotl, que significa *ojo*, fué verdaderamente el ojo vigilante, pues siempre veló por el bien de sus vasallos.

La noticia de la muerte del soberano se esparció inmediatamente por toda la nacion, y se dió noticia especial de ella á todos los magnates con el objeto de que concurriesen á sus exequias.

El cadáver del monarca, despues de haber sido adornado con alhajas de oro y plata, imitando figuras caprichosas, fué colocado en una silla de goma copal y de otras sustancias aromáticas de que abunda el valle de Méjico. Cinco dias estuvo de aquella manera para dar tiempo á que llegasen los personajes á quienes se habia convocado. Reunidos todos, así como la nobleza, los guerreros principales y un considerable número de gente del pueblo, el cadáver fué quemado, segun costumbre de los chichimecas, y las cenizas colocadas en una urna de esmeraldas, cubierta con una lámina de oro, que estuvo expuesta por cuarenta dias en una sala del palacio real. La nobleza y las autori-

dades del reino, así como los principales magnates, asistieron diariamente al sitio en que se habia colocado la urna para tributar el debido homenaje al monarca fenecido, y transcurridos los cuarenta dias, la urna fué llevada á una gruta situada en las cercanías de la ciudad.

Sube al trono el príncipe Nopaltzin, 2.º rey chichimeca. La exaltacion de Nopaltzin al trono, se celebró, terminadas las exequias de su padre, con esplendentes fiestas de regocijo que duraron cuarenta dias. La nobleza, los grandes y todas las clases distinguidas de la sociedad que habian acudido á los funerales del difunto Xolotl se quedaron en Tenayuca para asistir á la coronacion del nuevo soberano, digno sucesor del que le habia precedido.

Nopaltzin era entonces un hombre de buena edad: estaba casado con una mujer que descendia de los reyes toltecas, llamada Azcaxochitl, y tenia tres hijos, cuyos nombres eran Tlotzin, Cuauhtequihua y Apopozoc, todos de edad suficiente para dirigir un reino.

Los magnates que se hallaron presentes á la coronacion, se manifestaron sinceramente adictos al hombre que acababa de empuñar las riendas del gobierno; y al despedirse de él, para volver á los distintos puntos del reino en que vivian, tomó uno la palabra, en nombre de todos, y en un breve, pero sentido discurso, hizo las mas firmes protestas de obediencia, respeto y fidelidad hácia el hombre que acababa de sentarse en el trono.

Nopaltzin contestó en los términos mas lisonjeros, asegurando que no descuidaria, ni por un solo momento, nada de lo que pudiese conducir al país á su elevacion y ventura; y la nobleza, despues de haberle escuchado con

marcadas señales de aprobacion, se retiró de la presencia del monarca.

Nopaltzin permaneció por espacio de un año en Tenayuca arreglando los negocios del Estado, que habia perdido mucho de su tranquilidad antigua. Las bastardas pasiones y la ambicion de mando habian germinado en la clase influyente con el pueblo, y la tranquilidad y el órden se hallaban seriamente amenazados. Existia en esos momentos la paz; pero esa paz se parecia á la calma aparente del océano, pronto á levantar sus impetuosas olas al primer soplo del inconstante viento.

El rey Nopaltzin Cautó y prudente como el experto marino da á cada uno que ordena al piloto y á la oficialidad la vi- de sus hijos gilancia sobre el buen estado del buque en á gobernar un Estado. tiempo sereno, para evitar que la tormenta le estrelle si llega á estallar, dispuso que su hijo primogénito Tlotzin, príncipe de bellas esperanzas, tuviese á su cargo el gobierno de Texcoco, y á los otros dos les confirió la administracion de los Estados de Zacatlan y de Tenamitic. De esta manera, á la vez que velaban por la seguridad presente, se adiestraban en la difícil ciencia de gobernar á los pueblos en el futuro.

El rey, notando síntomas de ambicion en algunos magnates que residian en Tenayuca, permaneció un año en esta ciudad con su hermana la princesa Cihuaxochitl, viuda del príncipe Chiconcuauhtli, con el objeto de calmar las pasiones y de poner en buena marcha los negocios del Estado. Su don de gobierno, su prudencia y su tino, lograron que se cambiasen en adictos, muchos de los que se habian manifestado descontentos; pero otros continuaron

conspirando, y Nopaltzin se vió precisado á castigarles severamente. Sin embargo, aunque reprimidas las conspiraciones, no se establecia por completo la tranquilidad; y el soberano, deseando el acierto en las resoluciones, marchó á Texcoco, con el fin de consultar con su hijo Tlotzin, los medios que se debian adoptar para que la paz imperase. En una de las conferencias á que asistieron los grandes y la nobleza, Nopaltzin, hondamente conmovido, expresó con acento triste el pesar que le abrumaba de ver á sus pueblos inclinados á la rebelion; y al salir con ellos y su hijo á los jardines para gozar de los encantos de la naturaleza, el recuerdo del pasado hizo asomar á sus ojos el llanto. Pero aquel llanto no era el llanto de la pusilanimidad; era el llanto del sentimiento que embarga el corazon de un padre amoroso, cuando ve que sus hijos le pagan con ingratitud y desprecios su cariño y su ternura. Aquellos jardines despertaron en su memoria el recuerdo del difunto rey su padre, ardientemente amado de sus vasallos al principio de su reinado, y blanco despues de los odios de algunos ingratos: comparó, al contemplar cuanto le rodeaba, la obediencia y cariño de los súbditos de entonces con la rebeldía que se notaba en los actuales; sintió verse obligado á castigar como á enemigos á los vasallos conspiradores que hubiera querido tener motivo para ensalzar; y sensible al triste resultado de aquellas comparaciones, comunicó á los que le rodeaban los sentimientos que embargaban su alma. Luego dirigiéndose á su hijo, y estrechando cariñosamente su mano entre las suyas, le dijo, que tuviese constantemente ante los ojos la imágen de su bondadoso abuelo; que imitase los ejemplos de virtud, de prudencia y de justicia

que les habia legado como el tesoro de mas precio para el gobernante, y que fortaleciese su corazon con todas las prendas que son necesarias al hombre á quien están encomendados los intereses y la prosperidad de la patria.

Poco tiempo permaneció el rey Nopaltzin en Texcoco. Los negocios del Estado reclamaban su presencia en Tenayuca, donde tenia la corte, y se trasladó á esta última, despues de haber tratado con su hijo de los puntos mas delicados del gobierno.

1216. Seis años llevaba de regir Nopaltzin los destinos de su reino, cuando los mejicanos Los mejicanos llegan á Zumpango: el rey Nopaltzin manda que se les trate bien. que se habian detenido en Chicomoxtoc, como queda consignado en páginas anteriores, llegaron á *Tzompanco* (Zumpango), ciudad considerable del valle de Méjico donde fueron recibidos con pruebas de aprecio, por Tochpanecatl, señor de aquel punto.

El rey Nopaltzin dispuso que se les guardasen todas las consideraciones que merecen los que por medio de su trabajo tratan de sustentarse y prosperar, y los mejicanos se manifestaron agradecidos á la hospitalidad que recibieron.

Pero si era hospitalario y bondadoso con los que buscaban en la senda del bien su adelanto, no por esto descuidaba la vigilancia sobre los malos, y anticipaba los remedios.

Uno de los poderosos que solapadamente habia trabajado por indisponer el ánimo de los pueblos contra el rey, fué *Chalchiuhucua*, señor de Tepetzotlan, que gobernaba en aquellos momentos á los tepanecas, una de

las seis tribus que, con beneplácito de Xolotl, se habia establecido, como tenemos dicho, en aquel sitio.

El principe Acolhuatzin, señor de Azcapozalco, se apodera del Estado de Tepetzotlan. El soberano chichimeca, juzgando conveniente la prudencia, aparentó tener en su lealtad la mas completa confianza mientras las circunstancias eran desfavorables; pero cuando los horizontes de la situacion se presentaron despejados de los negros nubarrones de que habia estado cargada, ordenó á su cuñado Acolhuatzin que ensanchase los límites del Estado de Azcapozalco que le estaba conferido, apoderándose del departamento de Tepetzotlan. Chalchiuhucua armó su gente, como señor feudal, para oponerse al despojo; pero fué vencido, y su Estado se agregó al de Azcapozalco.

Apenas habia cesado el ruido de las armas entre los dos pueblos indicados, cuando retumbó con mas fuerza, aunque por causas de diferente especie, en otros Estados que formaban parte de la nacion.

Dos magnates que gobernaban distintos Estados, solicitaron la mano de la hermosa jóven Atotoztli, sobrina de la reina. Uno de los pretendientes era Huetzin, señor de Coatlichan, hijo del difunto príncipe Tzontecomatl, que formó parte de los tres magnates acolhuas á quienes el rey chichimeca Xolotl casó con sus hijas, y el otro Xacazozotl, á quien estaba encomendado el gobierno del Estado de Tepetlaoztoc.

No queriendo el padre de la jóven disgustar á ninguno de los pretendientes, porque á los dos apreciaba igualmente, hizo que la solicitada jóven, sin desairar á ninguno, se manifestase por entonces deseosa de permanecer al lado de

la familia sin resolverse á tomar estado. Huetzin se propuso esperar; pero no así Xacazozotl, que era de pasiones violentas y de carácter impetuoso. Resuelto á ser dueño de la mujer que amaba, dispuso un ejército para entrar en el lugar en que tenía su residencia, y robarla. Para llevar á cabo su plan, se unió con Tochinteuctli, que habiendo sido señor de Cuahuacan, se hallaba desterrado en Tepetlaoztoc, en castigo de sus crímenes. Sabedor Huetzin de las disposiciones tomadas por su rival, y de que marchaba al frente de sus tropas á consumir su inicuo plan, reunió un número de fuerzas respetable y le salió al encuentro. Los dos ejércitos se avistaron en las inmediaciones de Texcoco, y se acometieron con furor. La lucha fué sangrienta, pero favorable á Huetzin. Su rival quedó muerto en la acción con gran parte de su gente, y el resto de su ejército destrozado. Huetzin se apoderó, con beneplácito del rey, del Estado de Tepetlaoztoc, y poco despues llegó á unirse con la hermosa Atotoztli.

Tras de estas luchas suscitadas entre feudatarios del monarca chichimeca, estalló otra de carácter hostil contra el soberano, promovida por el magnate de la provincia de Tollantzinco, que se habia rebelado. Indignado el rey de aquel movimiento revolucionario, y temiendo que cundiese el pernicioso ejemplo de desobediencia por otros Estados, marchó, en persona, á sofocar el fuego de la guerra civil.

Pronto vió que la realizacion de su deseo era mas difícil de lo que se habia imaginado. Los rebeldes se habian preparado con anticipacion para aquella lucha, y las tropas del rey sufrieron grandes pérdidas en los primeros encuentros que tuvieron. El príncipe Tlotzin que gobernaba, como

hemos dicho, en Texcoco, al saber la crítica situacion en que se hallaban las tropas mandadas por el rey su padre, envió inmediatamente en su auxilio un fuerte ejército que, unido al del soberano, derrotó á los rebeldes. Los jefes del movimiento revolucionario fueron castigados con el último suplicio, quedando, por entonces, pacificado el país.

La satisfaccion del rey al ver restablecida la paz, fuente de toda felicidad para los pueblos, fué seguida bien pronto de una noticia que llenó de amargura su corazon. Su cuñado, el príncipe Acolhuatzin, que habia gobernado con singular acierto el estado de Azcapozalco, distinguiéndose siempre por su lealtad al soberano y por su amor á sus gobernados, dejó de existir despues de una larga enfermedad, dejando á su hijo Tezozomoc dueño de los dominios que habia regido. El rey dispuso que las exequias se celebrasen con la mayor pompa y esplendor posible, y asistió á ellas con la nobleza de las dos naciones acolhua y chichimeca que, aunque fundidas en una, es conveniente distinguir las, para mayor claridad de la historia.

Libre de los cuidados de la guerra civil, y cumplidos los sagrados deberes que tenia hácia su cuñado, el rey se entregó con asiduidad á las mejoras de su país, y pronto sé fundaron nuevos pueblos y se construyeron notables edificios. Celoso del buen orden, fué el primer rey de Anáhuac que dictó leyes dignas de mencionarse. En esas leyes se prohibia, bajo prudentes penas, incendiar los bosques, tomar la caza caida en redes de otro, apoderarse del venado herido por otro cazador y cazar sin tener el permiso de la autoridad. Teniendo por sagrada

la propiedad, y por base del bien social el respeto al matrimonio y la fidelidad de los cónyuges, estableció la pena de muerte para los que destruyeran las mojoneras ó señales de los límites, así como para los adúlteros de ambos sexos.

Entregado se hallaba en su corte de Tenayuca en meditar los reglamentos que juzgaba conducentes al bien de sus vasallos y en poner en fácil carril los negocios de su gobierno, cuando se vió atacado de la enfermedad que debía causarle la muerte. Nopaltzin, conociendo que le llegaba el último instante del plazo de la vida, llamó á su hijo primogénito Tlotzin, ó Huetzin Pochotl, que gobernaba Texcoco, le recomendó que velase como padre amoroso por el bien de los pueblos, y declarándole sucesor á la corona, expiró á los treinta y dos años de su reinado.

Tlotzin, 3.^{er} rey chichimeca. La exaltacion del nuevo monarca chichimeca al trono fué solemnizada con los regocijos mas señalados de aprecio y de respeto. Tlotzin, aunque acostumbrado al clima de Texcoco, donde durante la vida del rey su padre habia gobernado, fijó su residencia en Tenayuca, prefiriendo á su gusto la conveniencia de los negocios públicos.

Calmadas las pasiones políticas de los ambiciosos por la dulzura y afabilidad del soberano, éste se dedicó, á la sombra de la paz, á proteger la agricultura y las artes. Mirando la primera como el bien esencial de los pueblos, hizo plantar nuevas semillas, y en su reinado se sembró, por primera vez, el frijol (alubia), la chia y varias legumbres antes desconocidas por los chichimecas.

Querido de los pueblos, y sin que ningun aconteci-

miento desfavorable llegase á turbar la tranquilidad pública, Tlotzin se vió atacado de una aguda enfermedad que le llevó al sepulcro á los treinta y seis años de haber empuñado el cetro.

1297. Sucedióle en el poder, en 1297, su hijo Quinatzin, Quinatzin, 4.^o rey chichimeca. llamado tambien *Tlaltecatzin*. El nuevo soberano, juzgando la ciudad de Texcoco mas digna, por su posicion topográfica, de ser la corte de los monarcas que la ciudad de Tenayuca, dispuso coronarse y establecer su corte en aquella, y se hizo conducir de la antigua á la nueva residencia en una lujosa litera abierta, llevada en hombros por cuatro principales señores del reino, y debajo de un pálio que llevaban otros cuatro individuos de la grandeza. Era el primer soberano que se hacia conducir de aquella manera; pues hasta entonces, todos los reyes que le habian precedido, habian caminado á pié. La vanidad y el deseo de aparecer como superior á los grandes de su reino, le sugirieron aquella idea que revelaba, á la vez, inclinacion á la molicie y al fausto. El ejemplo de Quinatzin fué seguido despues por todos los reyes que le sucedieron, esforzándose cada uno en superar en lujo á todos los que le habian precedido. Igual costumbre se introdujo bien pronto entre los nobles y los magnates del país; y nadie que figurase en algun puesto público ó ejerciese autoridad, salia de un pueblo á otro, por próximos que estuviesen, sin ser llevado en su litera y bajo de pálio por robustos servidores.

Elegida definitivamente la ciudad de Texcoco por residencia de la familia real, el monarca se esmeró en em-

bellecerla con notables edificios y deliciosos jardines que la convirtieron en un sitio verdaderamente encantador.

Texcoco fué, desde entonces hasta la época en que los españoles pisaron, dos siglos despues, las vastas campiñas del Anáhuac, la corte de los reyes chichimecas, la capital del reino que se llamó de *Acolhuacan*.

Durante los primeros años del reinado del fastuoso rey, se mantuvo inalterable la paz, que parecia haber echado raíces sólidas desde el gobierno de su padre; pero el viento de la discordia sopló cuando la calma se creia mas asegurada, y el país volvió á gemir bajo el azote de la guerra civil. Los Estados de Poyauhtlan, Meztitlan y Tototepec, situados en los montes, al norte de la capital, se sublevaron contra el rey, acaudillados por sus ambiciosos señores. El rey acudió inmediatamente con un fuerte ejército á combatir á los rebeldes, y les retó á que bajasen á la llanura de Tlaximalco, donde una sola batalla podria decidir de los destinos. Los sublevados admitieron gustosos el reto, pues se habian preparado con bastante anticipacion para aquella lucha, y no dudaron, ni por un solo momento, de que alcanzarian el triunfo. Dada la señal del combate, los dos ejércitos, lanzando horribles alaridos, se acometieron con furia espantosa, resueltos á triunfar ó á morir en la demanda. Varias horas llevaban de sangrienta pelea, cuando la noche vino á suspender la lucha, sin que la victoria se hubiese decidido por ninguno de los dos bandos. Los combates continuaron por espacio de cuarenta dias, alcanzando algunas ventajas las tropas del soberano. Los jefes rebeldes conocieron entonces que serian vencidos; y viendo que el desaliento empezaba á introducirse

en la gente que mandaban, se rindieron al soberano. Quinatzin perdonó á los pueblos su delito, pero castigó severamente á los que les habian inducido á la rebelion. Con la misma benignidad trató á los habitantes del Estado de Tepepolco, que tambien se habian rebelado, usando de duro rigor con sus caudillos.

Apenas acababa el rey de sofocar aquel movimiento revolucionario, cuando levantaron el estandarte de la rebelion siete considerables ciudades, entre las cuales se contaban Huehuetoca, Mizquiz y Totolapa. El monarca, poniéndose al frente de un buen cuerpo de tropas, marchó en persona sobre Totolapa, al mismo tiempo que envió á seis de sus mejores generales á reducir al orden á las otras seis poblaciones.

La rebelión fué sofocada en todas partes, y las siete ciudades volvieron á la obediencia del rey, sin que para conseguirlo se hubiese derramado mucha sangre.

Estos triunfos se celebraron con grandes regocijos y dieron al rey una respetabilidad sólida. Temido de los contrarios y respetado y querido de sus adictos, logró que no volviese á alterarse en lo mas mínimo la paz durante su reinado.

1357. Restablecida por completo la tranquilidad, Muerte de Quinatzin se dedicó á dictar medidas convenientes á la felicidad de los pueblos, y despues de un reinado de sesenta años, bajó al sepulcro en 1357, nombrando á su hijo primogénito *Techotlalatzin* heredero de la corona.

Las demostraciones de sentimiento hechas por la muerte de Quinatzin superaron á todas las practicadas en el